



Libros
Manuel Bru

El dios mercado

Título: *Virtudes y vicios del mercado (Palabras para una economía humana)*

Autor: Luigino Bruni

Editorial: Ciudad Nueva



El libro de Bruni desentraña **cómo el lenguaje de la economía de mercado** ha pasado de ser económico a ser una propuesta ética propia, que determina una mentalidad



Una de las muchas cosas que hemos podido constatar con la pandemia de coronavirus es que para muchos de sus defensores (los acérrimos ideológicos, no los moderados y revisionistas), el sistema económico globalizado del mercado se trata, en realidad, de una religión. El «dios dinero» que aparece en el libro del Éxodo bajo la figura del becerro de oro, hoy en día se desvela bajo la venerada imagen de la libertad de mercado. Y si aquel desafiaba a los mandamientos del Dios verdadero que Moisés bajó del monte Sinaí, ahora además pretende sustituirlos, y con ellos el juicio de una conciencia humana recta, pues aquellos anidaron siempre en la ley natural de los hombres, por la suprema e incorregible ley de la oferta y la demanda. Ya sabíamos, antes de una pandemia sin precedentes como esta, que la religión del mercado exigía para su culto el sacrificio de la desprotección de los más débiles, pero nunca hasta ahora habíamos oído a sus *maestros* y *sacerdotes* decir, sin pestañear, que no entorpecer o posponer el equilibrio del mercado es mucho más importante que las incalculables vidas humanas que sacrificar en el empeño. Lo han defendido a pleno día y ante las audiencias mediáticas de todo el mundo, y en gran medida hasta han convencido a una sociedad desde hace mucho tiempo rendida ideológicamente ante esta poderosa religión oculta.

Y como dice la Carta a los Hebreos que los cristianos debemos estar atentos a no dejarnos engañar por doctrinas extrañas, y el neoliberalismo extremo es una de ellas, contamos con una riquísima doctrina social de la Iglesia que desde León XIII hasta nuestros días ha puesto a esta y a otras ideologías los puntos sobre las íes. Sobre todo san Pablo VI, al clarificar dónde radica el verdadero progreso de los pueblos; san Juan Pablo II, al advertir de la hipoteca social que convierte en robo las desigualdades sociales propiciadas por un capitalismo extremo; Benedicto XVI al denunciar que una teoría económica que no pone la dignidad humana en el centro no merece ese nombre, y el Papa Francisco, que tantas veces ha denunciado que «el mercado mata». Pero como la doctrina social de la Iglesia en economía es muy prolija y requiere pautas para interpretar la consecución imparable tanto de la teoría como de la práctica económica, nos viene de perlas la publicación del último libro de uno de los economistas más prestigiosos y de la escuela de la Economía civil, y coordinador internacional de la Economía de comunión, que Benedicto XVI ponía como modelo de revisionismo económico en *Caritas in veritate*.

El libro del profesor Luigino Bruni desentraña cómo el lenguaje de la economía de mercado ha pasado de ser un lenguaje económico a ser una propuesta ética propia, que determina una mentalidad y, añadido yo, un culto religioso alternativo, en el que los grandes valores y dogmas son el individuo, el éxito, el mérito, la eficiencia, la competencia, el liderazgo y la innovación, que ideológicamente corren el riesgo de pasar de virtudes a vicios morales para justificar los desajustes éticos causados por aquello que la misma ética moderna por excelencia, la kantiana, había puesto sobre la mesa como principio supremo: que el fin, en este caso el del mercado, nunca puede justificar los medios, en este caso la ignominia de la degradación de la dignidad humana y la escasa rentabilidad que tiene salvar vidas (igual da de la miseria o de la pandemia), porque sus muertes han de entenderse como efectos colaterales de la sacrosanta e inquebrantable ley de la oferta y la demanda.

De lo humano y lo divino

Job desolado

«¡Consoladores funestos sois todos vosotros!» Así trata de silenciar el Job bíblico a sus amigos, harto de discursos. El dolor segrega al individuo, lo aísla de los suyos, lo expulsa del mundo. La arbitrariedad estigmatiza. Crean que apagan el dolor al enmarañarlo en sus sistemas, encajando al sufriente en su controlado mundo. Pero la esencia del dolor no se deja atrapar: «¡Oh, si os callarais la boca! Sería eso vuestra sabiduría».

Lo mismo sufre Mendel, el Job de Joseph Roth, con el que Acantilado quiso instruirnos al inicio del confinamiento. Ante su catástrofe, uno tras otro, sus amigos fueron clavando sus teorías en el árbol caído. Pero el dolor es siempre demasiado totalizante y demasiado personal, y se escurre del manoseo exasperante de los teóricos: «¿Por qué me desgarras el corazón? [...] Mis heridas aún no han cicatrizado y tú ya las estás abriendo». Ellos se asustan, tratan de encauzarlo, y el se revuelve: «¡No, amigos míos! Estoy solo y quiero estar solo. Todos estos años he amado a Dios y Él me ha odiado. Todos estos años le he temido. Ahora ya no puede hacerme nada».

Él abandonó todas sus costumbres religiosas. Pero, paradójicamente, aquella lejanía le hacía más sensible a Dios: «Le dolía no rezar. Su cólera le dolía. Y la impotencia de aquella cólera. A pesar de que Mendel estaba enojado con Dios, Dios seguía dominando sobre la tierra. El odio podía alcanzarlo tan poco como la devoción». Su rabia era una heterodoxa forma de fe. Hasta que un día, la belleza de la canción de Menuchim —algo muy distinto de un sistema— supo recomponer su desdibujada vida: «¿Cómo es posible que el mundo entero pueda estar grabado en un disco tan pequeño como este? [...] por primera vez en mucho tiempo empezó a llorar». La escuchó sin cesar. Era nueva, pero extrañamente familiar; eso reabría su historia: «una canción única que hacía mucho tiempo que no escuchaba».

Quizá lo que nos falte sea esa canción, para no enmascarar el sufrimiento en nuestras crisis. Sobrarian los agoreros que culpan o inculpan a Dios —dejemos ahora la *pachamama* y Adam Smith—; proyectan pesados engranajes del amor o la justicia, tan perfectos que prescinden de Él (ay, y de nosotros...). Sus ídolos tratan de devolvernos el control de nuestro mundo. Pero el mal es un misterio que no podemos vadear. Dios calla en la novela, y agiganta la pregunta en la Biblia. Y «los malos espíritus son mis amigos», dirá Mendel. Quizá tenga razón Hadjadj, y la última y más terrible tortura de Satán a Job fuese la palabrería de sus amigos.

Carlos Pérez Laporta

Por muchas razones, una serie de éxito

J. C. de A.

La serie *Por muchas razones*, producida por Producciones Número 52, la Fundación Universitaria San Pablo CEU y la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), ha logrado 291 millones de visionados desde que se estrenara el 18 abril en el canal Atraserías y en su plataforma digital Atraserplayer.

Para el creador de la serie, Diego Blanco Albarova, la buena acogida por parte del público «refleja la realidad actual, en la que andamos tan necesitados de héroes, de gente que esté dispuesta a dar la vida por nosotros, sean sanitarios o personas

que ofrecen otro tipo de servicios». Asimismo, manifiesta «la necesidad que tenemos los hombres de abrirnos a la esperanza en medio de esta incertidumbre que provoca la pandemia». En este sentido, el director de Producciones Número 52 confía en que el éxito de *Por muchas razones* marque el camino para que «la parrilla televisiva se llene de propuestas de este estilo. Se ha demostrado que la audiencia responde muy bien a ellas».

La miniserie, de temática juvenil y ambientada en un instituto, «trata de hacer llegar a los jóvenes el mensaje primigenio de la Iglesia, que no es otro que el de que Cristo



Jota, protagonista de la serie

ha muerto por ellos», explicaba Alfonso Bullón de Mendoza, presidente de la ACdP, a este semanario en el momento de su estreno.

Producciones Número 52